

Los Libros

«MÓNICA SANDERS», por *Salvador Reyes*

Hay novelas cuya lectura nos depara una decepción profunda. En cuanto apareció «Mónica Sanders», quisimos leerla. Nos interesaba seguir la evolución literaria de Salvador Reyes, tantos años alejado de nuestro ambiente.

Ha tenido éxito en el extranjero; ha sido traducido con abundancia a diversas lenguas, pero esto no es, por supuesto, patente de calidad literaria. Salvador Reyes ha triunfado, como muchos otros lo quisieran, en un medio literario difícil: el francés. Es un continuador de la larga tradición de escritores chilenos que emigran, con o sin deseos de hacerlo. Como él, y citamos algunos solamente, lo hicieron Bilbao, Blest Gana, Garrido Merino, d'Halmar, Gabriela Mistral, Marta Brunet y, últimamente, impelido por razones políticas, Pablo Neruda. Algunos de estos escritores se han mantenido desde la distancia fieles a una temática nacional, como Blest Gana y Reyes—guardando las distancias—; otros se han sentido impresionados por lo extranjero: ahí están Garrido Merino y su «Hombre en la Montaña», d'Halmar y su «Pa-

sión y muerte del cura Deusto». También merecería recordarse el caso del argentino Enrique Larreta, autor de «La Gloria de don Ramiro»; Reyles, en Uruguay, con su «Embrujo de Sevilla», y, a este paso, la lista se haría interminable.

Salvador Reyes ha seguido una línea de creación nacional, no se ha «extranjerizado» artísticamente. Nos interesaba, eso sí, ver hasta qué punto habían influido en él los elementos extranjeros, ajenos, sobre todo en lo concerniente a la expresión. Esta influencia, afortunadamente, no ha sido grande. Aparte de una docena de galicismos—pasto de puristas—no se nota otra cosa.

Un importante crítico chileno ha alabado la excelencia con que está dibujado el protagonista, Julio Moreno, capitán del ballenero «Alcatraz»; imposible compartir su opinión. «Mónica Sanders» nos ha parecido una obra débil porque, precisamente, son sus personajes los débiles, los desdibujados. Cuando hablan o actúan nos hacen pensar en un «plan» novelesco hecho desganadamente, y en una realización del mismo hecha de igual modo. Cuando Reyes nos da las fechas en que se inicia y termina su proceso creador: 1947-1949, nos hemos preguntado «¿tanto tiempo para esto?»

Su novela es fría, desdibujada. El verdadero elemento novelesco, lo medular y logrado, nos ha parecido una gota de tinta diluída en un vaso de agua: así no se puede apreciar el color, el tono. Lo estrictamente novelesco ocupa más páginas que las que debió. Hay mucho relleno: vulgaridades expresivas que hacen inútil la advertencia preliminar del autor donde nos dice haber huído de las palabras y giros populares; hay, también, diálogos y conversaciones en tono de

falsete, no existe esa gozosa identidad autor-personaje que vitaliza y hace humano lo novelesco; situaciones poco creíbles, pecados graves contra la verosimilitud. Siempre buscamos en las novelas personajes que vivan, no piezas de museo. Que se encuentre «alguna semejanza con personajes que verdaderamente existen» eso no debe temerlo el autor, pues en «Mónica Sanders» se ha abusado, en beneficio de la ficción, de lo inverosímil. Puede recordarse, para ilustrar lo antedicho, el desfile circense de animales que tiene que presenciara el capitán Moreno cuando visita por vez primera la extraña casa de su futura amante, Mónica, y del esposo de ésta, Percy Roy, personaje cuya ecuación psicológica ni el mismo Reyes supo desentrañar. Podemos pasar lista al zoológico que se presenta en la página 130 y siguientes y no nos convenceremos plenamente de la «rareza» del matrimonio que habita el derruido chalet: «un perro policial, un galgo y un quiltro», una cabrita, «Biquet», que hace irrupción «en el salón, balando», —detalle de honda ternura—, un caballo y una llama que los dueños de casa presentan al visitante sin inmutarse; cuando pasan por el gallinero se ahorran, afortunadamente, las presentaciones porque «los pájaros y gallinas dormían ya», pero a pesar de esto Moreno «creyó ver que había en gran cantidad»; no falta un viejo loro, «Lord Brandy»; y esta farsa no termina aquí: uno de los huéspedes de Moreno exclama: «¡Dios sabe dónde se habrán metido... dos tortugas coquetas, casi desvergonzadas... Cleopatra y Mesalina». Y para terminar esas páginas zoológicas, le dicen: «Otro día verá usted al zorrito Tenorio».

Basta. Esto es solamente novela; le falta lo primordial: vida, humanidad. A menudo encontramos con-

tradiciones, situaciones que quedan en el aire, diálogos que pecan de cursilería, etc.

Donde Reyes se salva y toma el perdido vuelo es en las descripciones del Puerto, que tanto se ha adentrado en su alma. Es en Valparaíso donde ocurre la acción de varias de sus obras más importantes. Cuando escribe sobre la ciudad de los vientos su pluma sale de la falta de relieve de que adolece en muchas páginas, se hace ágil, sinuosa, y salimos de la planicie general hacia un terreno más fresco y vivo.

A veces llama la atención cierta franciscana pobreza imaginativa que, sabemos, obedece a descuido y no a ineptitud; esto se traduce en adjetivación floja y vulgar, en comparaciones pedestres como esta: un personaje lleno de entusiasmo estaba «cargado como una pila eléctrica», p. 33. A veces hay consideraciones antinovelescas, como esta: «*Se hubiera podido decir que el «Alcatraz» se hallaba dentro de la noche como dentro de una bolsa de goma negra sacudida brutalmente; que se estrellaba contra las paredes de esa bolsa y que iba de un lado a otro como un objeto sin voluntad*», p. 18. Resalta en lo citado una notoria pesadez descriptiva y cuando nos hemos olvidado de ella, una página más adelante, como solución al acertijo imaginativo propuesto, leemos: «El saco de goma negra debía estar atado a la cola de un gato loco...», p. 19.

Como ejemplos, son suficientes.

«Mónica Sanders» nos ha hecho meditar: un autor, por muy consagrado que esté por medio de premios, ediciones y reediciones dentro y fuera de su patria, traducciones a idiomas diversos ¿no debe someter, con mayor razón, todo lo que produzca a una riguro-

sísima crítica o autocrítica y desechar lo que no es perfecto desde el punto de vista estético?

Que suceda lo contrario sólo es perdonable en un principiante agobiado por el deseo de ver su nombre en letras de molde.

La anterior meditación no fué hecha por Salvador Reyes, seguramente, antes de dar a las prensas su novela «Mónica Sanders».—JUAN LOVELUCK

ANTOLOGÍA POÉTICA, de Agustín de Foxá.—Ilustraciones de Escassi. Editora Nacional, Madrid

Si, según el maestro Ortega, «el hombre es él y su circunstancia», el poeta se nos muestra como una trilogía de «yos» ante las circunstancias propias; porque el poeta es él, hombre; él, sensibilidad receptora del yo y las circunstancias de los hombres; y él, emoción, a través de la cual la vida y el enseueño son expresados. En una palabra, el poeta es una intimidad generosamente derramada sobre el mundo y las cosas del mundo. Una intimidad que acaricia y arropa al mundo, para mostrarlo a su paso, no sólo en la belleza de su natural, sino en esa belleza superior que—siguiendo la afirmación hegeliana—lo natural encuentra al participar del espíritu del artista, del hombre artista. El poeta es ese ser, magnífico por excelencia, que eleva el mundo y la vida a la categoría de arte.

Esta sola consideración sobre lo que el poeta representa en la vida sería suficiente para que sus producciones fueran atendidas desde todos los sectores y, especialmente, desde el sector editorial. Sin embargo, sucede lo contrario: las casas editoriales le han vuelto